

ESTUDIOS ECLESIAÍSTICOS

REVISTA TRIMESTRAL DIRIGIDA POR PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Núm. 75

Octubre, 1945

VOLUMEN 19

Las bendiciones divinas en el Antiguo Testamento

La bendición divina y la propagación del hombre.

Una mirada divina de aprobación y complacencia iba envolviendo cada uno de los diversos avances en la marcha de la creación: "Y vió Dios que era bueno" (1). Cuando, completo el cuadro, la mirada de Dios le abarcó en su conjunto, el "vió Dios que era bueno", mirada parcial, con que Moisés cierra la obra divina en cada uno de los días genesíacos de la creación, rompió barreras para convertirse en aquella mirada universal del "vió Dios todo cuanto había hecho y era bueno en sumo grado" (2).

Entre el sucesivo, eslabonado "y vió Dios que era bueno", y el complejo, punto de unión de los diversos eslabones, "y vió Dios todo cuanto había hecho y he aquí que era bueno en extremo", hace Moisés oír por vez primera una palabra cuyo eco ha de resonar en muchas páginas de la Biblia. Por dos veces, en los días quinto y sexto de la creación, la bondad benéfica de Dios se abre con nuevas expansiones. Primero, sobre los animales de mar y aire, y más tarde, sobre la primera pareja humana hace descender como copiosa y oportuna lluvia su fecundante bendición.

(1) *Gén.*, 1, 4 de la luz; vers. 10 de la formación de los mares y aparición de la tierra; 12 de la germinación de hierbas, plantas y árboles; 18 de la creación de los astros y aparición del día y la noche; 21 de la creación de peces y aves; 25 de la formación de los animales terrestres. Sólo falta la expresión para las obras del segundo día y la creación del hombre.

(2) *Gén.*, 1, 31.

En realidad, el punto de mira de estas dos primeras bendiciones, doble en apariencia, es único: el hombre. La fórmula con que se concreta y sensibiliza en el campo de los animales el bíblico "y les bendijo Dios" no ofrece sentido pleno y perfecto si no se la estudia en relación con la otra fórmula, que encierra y rebasa la primera en el magnífico desarrollo del segundo "y les bendijo Dios", aplicado a la primera pareja humana. El "y les bendijo Dios", que da fecundidad a peces y aves, de modo que puedan multiplicarse hasta llenar mar y aire, va a enlazar a través de la creación del hombre con el "engendrad y multiplicaos y poblad la tierra y sometedla y tened poder sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra", con que el segundo *wayebarek* se define (3).

Cuando después del Diluvio Dios habla a Noé, de nuevo su bendición —aunque esta vez sin que aparezca el verbo *barak*— descendiendo sobre todos los animales, que de este modo al salir del arca volverán a engendrar y multiplicarse sobre la tierra (4). Pero, como en los días de la creación, también ahora la bendición divina sobre los animales entra como elemento integrante de la bendición de Dios sobre el hombre. Noé y sus hijos, como representantes del género humano, reciben, junto con la orden de engendrar, multiplicarse y llenar la tierra, la de dominar con el temor y el terror (5) toda clase de animales y la de servirse de su carne para sostenimiento de la vida (6).

(3) *Gén.*, 1, 22. 28.

(4) *Gén.*, 8, 17.

(5) *Gén.*, 9, 1-2. La expresión "con temor y terror" falta en *Gén.*, 1, 28, porque antes del pecado la sujeción de los animales al hombre no requería esa violencia.

(6) *Gén.* 9, 2-3. En *Gén.* 1,29 se habla sólo de los vegetales—semillas y frutos—como alimento señalado por Dios al hombre. De este hecho y de *Gén.* 9,3 "cuanto tiene movimiento y vida os servirá de alimento; todo os lo doy, como antes las verdes legumbres", deducía entre otros el TOSTADO, la licitud y el no uso de carne antes del diluvio. CAYETANO, teniendo presente la historia de Abel, defiende la licitud y uso de carne antes del diluvio y explica *Gén.*, 9, 3 de la promulgación sobre la necesidad y no sobre el uso. PEREIRA defiende la licitud, pero no el uso entre los buenos antes del diluvio; luego Dios, en *Gén.*, 9, 3, declaró simplemente la necesidad de alimentarse de carne, por la debilidad de la naturaleza. La cuestión, con las mismas diversas soluciones, sigue en pie actualmente, aunque la sentencia de CAYETANO, con algunos retoques, parece ser la de mayor aceptación. *Gén.* 9,4 limita en algún caso el uso de la carne.

A pesar de su pecado, el hombre, imagen de Dios, sigue siendo en la providencia divina sobre el mundo el centro de la creación. Todavía después del Diluvio plantas y animales se agrupan en torno suyo para contribuir a la realización de aquel divino "engendrad y multiplicaos y poblad la tierra" con que Dios bendijo al hombre antes y después de la caída.

La bendición divina y los Patriarcas.

Adán y Eva nos ofrecen el primer caso particular en que se despliega aquella bendición divina, que Dios había hecho descender sobre ellos como padres del género humano. Sin perder bajo este aspecto su universalidad, aquella bendición adquiriría un nuevo matiz al concretarse en el aspecto más limitado de la vida de Adán y Eva, en cuanto esposos y padres de sus hijos. Dios les bendijo, y, fruto de esta bendición, Adán, a la edad de ciento treinta años, engendró a su hijo Set, el primero de toda aquella serie de hijos e hijas con que se coronó la larga vida del primer hombre (7).

Como Adán, también los antiguos Patriarcas fueron, en su doble aspecto de cabezas de un pueblo y padres de sus hijos, objeto de la fecundante bendición de Dios. Es, en efecto, con Abraham, ya nonagenario y sin descendencia, con quien entronca la fecundante bendición divina, savia de todo el tronco patriarcal. Consecuentemente al pacto de Dios con Abraham, recae sobre éste la promesa de una triple bendición, que, una en su alcance e idéntica en su punto de mira, no es otra cosa sino el desarrollo y confirmación del "te hago padre de una muchedumbre de pueblos", con que Dios ha prometido convertir en realidad el cambio del nombre Abram en Abraham (8). El divino "y la bendecirá", canto de fecundidad para una

(7) *Gén.*, 5, 2-5.

(8) *Gén.*, 17, 2-6, 'abram significa "Pater est excelsus"; de 'abraham dice VACCARI, reflejando una opinión muy corriente entre los modernos; en la *Sacra Bibbia* I (1943), nota 5. En hebreo 'ab significa "padre" y raham hace asonancia con hamōn "multitud". ZORELL, solidario de la opinión de Gesenius en su *Thesaurus*² (Lipsiae 1835), 10, 1268, escribe Lexic. Hebr. et Aram. 1940: "Ad nomen divinitus datum *Gen.* 17,5 cf. ar. ruhāmu "ingens numerus" P. DHORME en *Rev. Bibl.* 5 (1908), 218-219 piensa en el Abi-rāmu, Abi-rāme asirio y hace derivar tanto la forma 'abram, como 'abraham, del tema raham, equivalente al asirio ra'amu,

mujer estéril con que Dios acompaña el cambio de Sarai en Sara (9); el toque de bendición con que se anuncia el nacimiento de Isaac, grande más que un pueblo y padre de reyes (10); el gesto de condescendencia para con Abraham con que Dios bendice a Ismael, augurándole descendencia numerosa, como una gran nación (11), corren por cauces que van a confluir como bendición única a los pies del gran patriarca, centro primordial de las promesas del Señor.

Bajo el signo de la bendición divina hace Abraham su entrada en el ambiente bíblico. Y ese "y te bendeciré" con que Dios abre su trato de intimidad con el patriarca, proyectando sobre su descendencia un pueblo grande y un porvenir glorioso (12), sigue alentando con aires de vida sobre la historia de Abraham en los momentos más solemnes. La bendición divina, portadora de una descendencia de pueblos, de una posteridad numerosa como las estrellas del cielo y las arenas de las playas, desciende fecundante sobre Abraham en sus horas de preocupación por la falta de hijos, en su dolorosa separación de Lot, en los momentos

râmu "ser misericordioso, amar"; la traducción sería, por lo tanto, "pater meus amat" o "patrem amat". Confirma esta opinión en la misma revista 40 (1931), 368, nota 2, con las formas acádicas A-ba-ra-ma, A-ba-am-ra-ma, A-ba-am-ra-am del siglo XVII a. C., y la neobabilónica Abû-ra-am. La doble forma del perfecto raam o ra'am tiene un ejemplo paralelo en el doble presente iram e ira'am en las cartas de El Amarna. A pesar de todos estos adelantos filológicos, no se puede echar en olvido que el contexto-explicación del nombre Abrahám parece indicar se trata de un nombre distinto del Abram y que encierra la idea de paternidad de gentes y de pueblos.

(9) *Gén.*, 17, 15-16. A propósito de este cambio de nombre anota brevemente VACCARI en su obra citada, 94, nota 15: *sarah* significa "princesa", *saray* es probablemente una forma anticuada y menos clara del mismo nombre". También DHORME en diversas ocasiones—*Rev. Bibl.* 5 (1908), 219; 37 (1928), 511; 40 (1931), 368, nota 2—sostiene la identidad del significado en ambos términos y explica el cambio por el tránsito del arameo al cananeo. ¿Con esta explicación, que establece un mero cambio fonético, no se quita la fuerza de idea y contenido que Dios en éstas y otras ocasiones parece querer encerrar en los nuevos nombres que impone? En cuanto a *saray* no hay duda que es la forma correspondiente al acádico Sharratu, reina.

(10) *Gén.*, 17, 16. Preferible al texto hebreo que habla de una segunda bendición de Sara, es la lectura de la Vg. LXX y Pes., que la refieren a Isaac.

(11) *Gén.*, 17, 20.

(12) *Gén.*, 12, 1-2.

solemnes en que Dios establece con él un pacto nuevo, o quiere compensarle por su heroica obediencia (13).

Las bendiciones de Dios sobre Abraham como padre de un nuevo pueblo garantizan, por su insistencia y su énfasis—"te he de colmar de bendiciones y he de hacer numerosísima tu descendencia"—, la continuidad e indefectible realización en los descendientes del gran patriarca. En dos ocasiones, parecida una a aquella en que por vez primera la luz de las divinas bendiciones se quiebra sobre la vida de Abraham, recoge Isaac de labios del Señor el fecundo "y te bendeciré", a cuyo eco, magníficamente recogido en el divino "y multiplicaré tu descendencia", surge el pueblo que, numeroso como las arenas del desierto, ha de llenar la tierra en que Isaac entonces mora como forastero (14).

Sobre la sombría y agitada vida de Jacob las bendiciones divinas proyectan con frecuencia haces de luz, a cuyos resplandores se iluminan los últimos momentos del Patriarca. En su lecho de muerte, al recuerdo de una bendición de Yahveh, ve Jacob prolongarse la vida que se le escapa, a través de sus hijos y de los hijos de José. Reanimado el anciano con la presencia de Manasés y Efraín, se incorpora en su lecho y evocando el hecho clave de toda su vida y de su porvenir descorre a los ojos de su hijo José el velo de sus intimidades con el Señor. "El omnipotente Dios—le dice—se me apareció en Luz en la tierra de Canaán y me bendijo, diciendo: "He aquí que yo te daré descendencia y te haré crecer y te concederé un conjunto de pueblos y daré esta tierra a tus descendientes en posesión perpetua" (15).

Al hablar así, recuerda Jacob aquel día en que, libre de la furia de Esaú, se le aparece Dios a su vuelta de Mesopotamia y confirma con su "sé fecundo y multiplicate" (16) antiguas promesas. La bendición divina, que después de la lucha misteriosa había sellado el cambio de nombre de Jacob en Israel (17), y años antes en su huída de la casa paterna había trazado en la vida del

(13) *Gén.*, 13, 14-17; 15, 1-5; 17; 22, 15-17. Aunque no en todos los casos aparece el verbo *barak*, sin embargo siempre lo supone el contexto:

(14) *Gén.*, 26, 1-4, 24.

(15) *Gén.*, 48, 1-4.

(16) *Gén.*, 35, 9-12.

(17) *Gén.*, 32, 24-29.

Patriarca un hondo surco de aliento y seguridad (18), volvía a señalar el movimiento creciente de un pueblo, que la palabra de Dios proclamaba dueño de una tierra prometida ya de antiguo a Abraham en diversas ocasiones. Dios había escuchado la oración de Isaac, cuando con ansias de descendencia dijo a Jacob, al enviarle en busca de esposa entre sus parientes de Mesopotamia: "Que Dios omnipotente te bendiga y te dé fecundidad y multiplique de modo que te conviertas en una muchedumbre de pueblos" (19).

No dejan de percibirse en ocasiones a través de la historia israelita algunos ecos de las bendiciones divinas sobre los patriarcas. Los descendientes de José, evocando la bendición de Jacob en el lecho de muerte, elevaron su protesta contra la que creyeron injusta distribución de la tierra entre las tribus. "¿Cómo es —dijeron a Josué— que nos das en herencia una sola suerte y una sola parte, siendo así que somos un pueblo numeroso, a quien tanto ha bendecido Yahveh?" (20). Esta bendición divina, con caracteres más universales, es la que el Salmista canta agradecido, cuando a la vista del resurgimiento nacional, después del destierro babilónico, exclama: "Bajo el influjo de la bendición de Yahveh se multiplican en gran manera y se hacen como rebaños las familias" (21).

Pero la huella más profunda es la insistentemente marcada en los Libros Santos al paso de Abraham, a quien la bendición divina constituye padre de un nuevo pueblo. Prediciendo el Señor por Isaías la salvación de Israel, aconseja al pueblo: "Considerad la roca de que habéis sido tallados, la cantera de que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os dió a luz, porque a solo él elegí, bendije y multipliqué" (22).

El recuerdo de esta bendición permanecía fresco en el corazón de todos. Hagiógrafos y profetas, apóstoles y evangelistas han recogido en sus escritos el eco de ese recuerdo, cifra de glorias y esperanzas para el pueblo escogido (23).

(18) *Gén.*, 28, 11-15.

(19) *Gén.*, 28, 3.

(20) *Jos.*, 17, 14.

(21) *Salm.*, 107, 38-41.

(22) *Is.*, 51, 1-2.

(23) Véase, entre otros muchos pasajes, *Ez.*, 33, 24; *Ecll.*, 44, 20; *Mat.*, 3, 9; *Lc.*, 3, 8; *Juan*, 8, 33, 39; *Rom.*, 4, 13-17.

Universalidad y mesianismo en la bendición divina.

Hay algunas veces en la bendición divina sobre Abraham y los patriarcas algo que rompe las barreras nacionales con aire de universalidad y mesianismo. En este sentido, esa bendición portadora de fecundidad, que hasta ahora hemos estudiado, no es sino el primer paso hacia horizontes más anchos. El "yo te haré llegar a ser una gran nación y te bendeciré" desemboca, a través del nuevo avance que el inmediato "y serás una bendición" encierra, en aquel grandioso "y por ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (24).

La expresión alcanza en labios de Dios el carácter de una fórmula sagrada y fija. Con alguna variante, dejará oírse en otras ocasiones alrededor de Abraham (25), resonará en la historia de las predilecciones divinas para con Isaac (26) y Jacob (27) y encontrará cariñosa acogida en las páginas del Nuevo Testamento (28). He aquí cómo la presentan los diversos pasajes (29):

- Gen. 12, 3: *weniberekū beka kol mispejot ha'adamat.*
 Gen. 18, 18: " *bō* " *gōyye ha'ares.*
 Gen. 22, 18: *wehitebarakū bezare'aka kol goyyē ha'ares.*
 Gen. 26, 4: " " " " "
 Gen. 28, 14: como 12, 3 + *wubezare'eka.*

Si se comparan entre sí estos textos es fácil descubrir a través de diferencias accidentales el fondo común sustancial de una promesa divina de bendición, cierre y corona de bendiciones que inmediatamente preceden. Tres veces se usa el verbo *barak* en su forma Ni. y dos en Hithp., sin que este cambio de formas implique un cambio de matices en el sentido de promesas, por otra parte tan idénticas. La traducción constante de los LXX, ἐνελογηθήσονται que la Vg. ha recogido en el "benedicentur", hace pensar tam-

(24) *Gén.*, 12, 2-3.

(25) *Gén.*, 18, 18; 22, 18.

(26) *Gén.*, 26, 4.

(27) *Gén.*, 28, 14.

(28) *Hech.*, 3, 25; *Gál.*, 3, 8.

(29) El Salmo 72,17, con su "et benedicentur in ipso omnes tribus terrae" presenta en los LXX y la Vg. el texto de *Gén.*, 18, 18 ligeramente modificado con el cambio de "gentes" en "tribus". En el TM se lee únicamente: "Et benedicentur—en Hithp.—in ipso"; pero generalmente se tiende a completarle según los LXX y la Vg.

bién en un acuerdo completo de sentido entre las dos formas. De hecho, fuera de excepciones sin importancia, así se han expresado los exegetas de todos los tiempos. Hay entre ellos quienes han preferido la significación reflexiva en ambas formas, aunque con cierta tendencia al recíproco en Hithp. (30); han abogado otros por el sentido pasivo (31), siguiendo en esto el camino abierto por San Pedro en uno de sus discursos y por San Pablo más tarde escribiendo a los fieles de Galacia (32); algunos, por fin, han explicado ambas formas en sentido activo (33).

Si se exceptúa la interpretación propuesta por Ceuppens y seguida por Nácar-Colunga, en todas las restantes no es Abraham o su descendencia, sino todas las familias, *kol mispejot*, todas las naciones, *kol goyyē*, de la tierra, el objeto sobre quien recae, o se desea recaiga, la promesa de la divina bendición. A Abraham y su descendencia, como más tarde a la de Isaac y la de Jacob, les alcanza esta promesa en cuanto, cabezas y representantes de un nuevo pueblo, en ellos y por ellos, la bendición divina rompe las fronteras nacionales.

(30) Entre otros H. GUNKEL, *Die Urgeschichte und die Patriarchen*. Göttingen, 1921, 134; *Génesis*. Göttingen, 1922; E. KAUTZSCH, *Die Heil. Schriften des A. T.* 1922⁴; GESENIUS-BUHL, *Hebräisches und Aramäisches Handwörterbuch*. Leipzig, 1921¹⁷; A. FERNÁNDEZ en *Verb. Dom.* (1931), 137-140. Notemos que de los autores que defienden la forma reflexiva, los acatólicos generalmente entienden el "se bendecirán" en el sentido de "desearán para sí tus bendiciones", mientras los católicos lo interpretan "se proclamarán felices" en consecuencia de haber caído sobre ellos las bendiciones del Señor. El sentido reflexivo equivale en este último caso a pasivo, y el "se bendecirán" al "serán bendecidos" de los LXX y la Vg. (Véase A. BEA, *De Pentateucho*, pág. 205, nota 1.) Así se explica la al parecer abierta contradicción de F. ZORELL en *Lexic. Hebr. et Aram.* Roma, 1940, que, atribuyendo a Hithp. sentido pasivo y remitiendo al mismo tiempo a la forma Nif., da a ésta la traducción reflexiva "favoribus divinis se cumulatos experientur".

(31) E. KONIG, *Die Genesis*. Gütersloh, 1919; E. KONIG y E. SELLIN, *Messianische Weissagungen*. Stuttgart, 1923, 91; P. HEINISCH, *Das Buch Genesis*. Bonn., 1930; A. VACCARI, *La Sacra Bibbia I*. Firenze, 1943.

(32) Ambos Apóstoles aluden a las promesas hechas a Abraham; S. Pedro alega el texto de *Gén.*, 22, 18; S. Pablo, el de *Gén.*, 12, 3.

(33) Así, F. CEUPPENS, *De Prophetiis messianicis in A. Testamento Romae*, 1935, 48-52, que traduce: "te proclamarán bendito"; NÁCAR-COLUNGA, en cuya reciente traducción se interpreta "te bendecirán". CEUPPENS conserva su traducción en *Hech.*, 3, 25; *Gál.*, 3, 8; en NÁCAR COLUNGA, por el contrario, se da a estos textos el sentido pasivo, a pesar de que en la traducción de *Hech.*, 3, 25, se hace referencia a *Gén.*, 22, 18. COLUNGA en *Est. Bibl.* 1927, 12-17, da sentido pasivo a los textos del A. T.

Imposible dudar del carácter universalista que dicha bendición encierra. Los judíos restringieron su alcance, como escribe el Abulense: "Judaei dicunt: In te benedicentur omnes cognationes terrae, id est in nomine tuo, scilicet quod quando aliquis volebat benedicere, vel imprecari bona alteri, dicebat benedicat tibi Deus, sicut benedixit Abrahae. Christiani autem verius intelligunt de Christo dicentes..." (34). Este carácter universalista y mesiánico, que brota espontáneo del texto mismo de los diversos pasajes, es el que San Pablo pone de relieve a los ojos de los Gálatas en su canto a la fe frente a la circuncisión. "Entended, pues—escribe—, que los que viven de la fe, esos son hijos de Abraham. Pues previendo la Escritura que por la fe justificaría Dios a los gentiles, dió de antemano a Abraham la feliz nueva de que *en ti serán bendecidas todas las gentes*. Así que los que viven de la fe son bendecidos con el fiel Abraham" (35).

Ya antes el apóstol San Pedro, en su discurso al pueblo junto a la puerta Especiosa del templo, había lanzado al viento clara y penetrante la nota mesiánica de la promesa divina hecha a Abraham. "Vosotros sois—les dice—los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres, cuando dijo a Abraham: *En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra*" (36). Después de este toque de atención, que, aparentando prescindir del universalismo de la bendición divina, suena al parecer como algo exclusivo en los oídos israelitas, la doctrina se completa en un ambiente del más universalista mesianismo con las siguientes palabras: "Dios, resucitando en primer lugar para vosotros a su siervo, le ha enviado para que os bendiga, cuando cada uno se convierta de sus maldades" (37).

Este sentido universalista y mesiánico, más marcado en unos,

(34) A. TOSTATI in *Genesim*, 120. Venetiis 1615. GROCIO—a quien sigue entre otros GESENIUS-BUHL, *Hebr. und Aram.* y generalmente los Radicales.—*Annotat. in V. T.*, I, 23. Halae, 1785, se hace solidario de la opinión judía.

(35) *Gál.*, 3, 7-9. S. Pablo cita las palabras del *Gén.*, 12, 3, pero ha cambiado el *kol mispejot* de dicho pasaje por el *kol gōyyé* de *Gén.* 18, 48

(36) *Hech.*, 3, 25. La cita tomada de *Gén.*, 22, 18, sufre en labios del Apóstol el ligero cambio de *kol gōyyé* en *kol mispejot*.

(37) *Hech.*, 3, 26. Como se ve, el adverbio *πρῶτον* al mismo tiempo que da la preferencia al pueblo judío, da a los gentiles participación en las bendiciones prometidas a Abraham y consumadas en Cristo.

más esfumado en otros, es el unánimemente recogido por los exegetas católicos. Escribe el Cardenal Cayetano, comentando el Gén., 12, 3: "Et hoc ultimum non verificatur ex integro de Abraham nisi ratione Messiae, futuri tunc illius filii... quoniam ex universis familiis terrae aliquis est benedictus in Christo qui mortuus est pro omnibus" (38). Los que, como Heinisch (39), hablan sólo de universalismo, haciendo de la fe y obediencia de Abraham punto de arranque para la salvación de toda la humanidad, no es que rechacen o desconozcan el aspecto mesiánico. Frente a la interpretación protestante, o exclusivamente nacional (40), o universalista sin mesianismo (41), Heinisch reconoce mesianidad y universalismo al descubrir a través de este pasaje las primeras señales de aquella gran luz mesiánica que más tarde vislumbró el profeta Isaías (42).

Se expresa en todos los pasajes, que nos han conservado el augurio de esa bendición universalista y mesiánica, el medio de transmisión, causa a la vez de las bendiciones divinas. Como a los ojos de Abraham, se abre a los nuestros un horizonte sin límites, cuando a través del "serán bendecidas in te... in eo" (43) se llega al "serán bendecidas in semine tuo", que, a ejemplo de su padre, recoge Isaac de labios de Yahveh (44). En Jacob, durante su visión en Betel une el Señor en una las diversas expresiones: "Serán bendecidas in te et in semine tuo, todas las familias de la tierra" (45).

De este modo la existencia de Abraham y los Patriarcas rompe el círculo de un simple vivir de hombre o de nación, para desembocar pujante e incontenible en un mar de pueblos sin riberas. En el Mesías y por el Mesías, descendiente de Abraham,

(38) O. c., 60.

(39) O. c., 210.

(40) De esta opinión son comúnmente los acatólicos, que con diversos matices defienden el sentido reflexivo o recíproco de las formas Ni e Hitph. Véase, además de los antes citados, A. DILLMANN, *Die Genesis...* Leipzig, 1892, 223.

(41) Así piensan los que con ED. KONIG, o. c., 449-50, dan a Ni e Hitph. sentido pasivo.

(42) *Is.*, 2, 2-4.

(43) *Gén.*, 12, 3; 18, 18.

(44) *Gén.*, 22, 18; 26, 4.

(45) *Gén.*, 28, 14.

la nación judía y los pueblos gentiles (46) gozarán juntos de las bendiciones divinas, que la redención universal de Cristo ha de merecer al mundo (47).

La bendición divina y la prosperidad material.

No siempre adquiere la bendición de Yahveh la amplitud y elevación espiritual que consigo llevan las bendiciones mesiánicas de carácter esencialmente universal y espiritualista. El Señor mira también providente el bienestar temporal del hombre, a cuyo alrededor derrama como símbolo de prosperidad y abundancia su bendición eficaz.

Cuando, bajo juramento, envía Abraham al más antiguo siervo de su casa en busca de esposa para Isaac, resume el autor sagrado en pocas palabras la tónica general de la vida del anciano Patriarca: "Era ya Abraham viejo, entrado en días, y Yahveh le había bendecido en todo" (48). Cuando se entrevista con Labán desarrolla el viejo siervo en su primer saludo la vaga expresión del hagiógrafo y concreta el alcance de la bendición a que antes se había aludido: "Soy siervo de Abraham. El Señor ha bendecido en gran manera a mi amo y le ha hecho grande y le ha dado rebaños y ganado, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos" (49).

(46) No hay duda que existe paralelismo entre el *kol mispejot* de *Gén.*, 12, 3; 28, 14 y el *kol gōyyé* de *Gén.*, 18, 18; 22, 18; 26, 4. Ahora bien, *gōy* en plural se usa para indicar pueblos fuera de Israel, enemigos del pueblo judío, gentiles—en ocasiones gentiles que han de ser agregados al reino mesiánico—. La expresión usada en nuestros textos *gōyye ha'ares* sólo se encuentra en *Esd.*, 6, 21, para significar los colonos de las naciones paganas que los asirios habían trasladado a Palestina. Por lo tanto, nuestro *kol gōyye ha'ares* traspasa los límites del pueblo judío.

(47) Hay en *Gén.*, 9, 25-27 un pasaje donde Noé, al bendecir a Sem, dice según el T. M.: "Bendito Yahveh, Dios de Sem". Manteniendo esta lectura, sólo indirectamente, y presuponiendo otros pasajes, encuentran muchos mesianismo en la bendición de Sem: en cuanto de él, a través de Abraham, había de descender el Mesías, fuente de bienes universales. Los cambios que en el texto introducen algunos cuando traducen con VACCARI en *Bibbia...*: "Bendito sea Sem del Señor, mi Dios", o con KIRTEL en su edición crítica "bendice, Señor, las tiendas de Sem", hacen recaer sobre éste la bendición de Yahveh, con ese carácter de universalidad que le da a Sem el encontrarse en la línea de los antecesores del Mesías.

(48) *Gén.*, 24, 1.

(49) *Gén.*, LG, 43-45.

También Abimelec y los suyos se rendían ante un Isaac hasta entonces perseguido y buscaban su amistad, al descubrir en su prosperidad creciente una señal inequívoca de la bendición de Yahveh. "Tú eres ahora—le decía—el bendito de Yahveh, *berūk Yahveh*" (50).

Con ligeras variantes, la expresión *berūk 'atah leyahveh* se presenta en la vida israelística con todos los caracteres de una fórmula fija. No siempre el matiz de su significado es el mismo. Tiene a veces el alcance de afirmación ante una realidad que se palpa (51). Como en boca de Abimelec, solícito por la amistad con Isaac, suena en este sentido en los labios de Rebeca, fina y delicada con el siervo de Abraham (52), y sonó antes en los de Melquisedec, cuando saliendo al encuentro de Abraham le bendice al verle retornar victorioso de la guerra contra Codorlaomar y sus reyes aliados: "Bendito Abraham del Dios Altísimo, señor del cielo y de la tierra; y bendito el Dios Altísimo que te ha puesto tus enemigos en las manos" (53).

Exceptuados estos casos, el "bendito tú de Yahveh" es la expresión de un deseo de felicidad en ánimo agradecido y delicado. Con ella desahoga Mica toda la emoción de su cariño hacia su hijo, delicado y generoso (54); el "bendito tú de Yahveh" es en labios de Boz canto de agradecimiento ante la fina generosidad de Rut, como poco antes lo había sido en boca de Noemi ante el rasgo de magnanimidad del propio Boz (55). Los labios de Saúl recogen también el "bendito tú de Yahveh", y con él intenta el rey infiel y apasionado disimular ante Samuel su infidelidad a lo prescrito por el Señor y su perfidia para con David ante los espías Zifeos (56). En contraste con esta actitud del primer rey israelita, rompe en labios de David el sentido y generoso "benditos de Yahveh", con que augura el favor divino y su propia recompensa a los habitantes de Yabes Galaad por haber dado se-

(50) *Gén.*, 26, 29. Véase *Gén.*, 25, 11; 26, 12.

(51) En este sentido hay que entender el "bendita tú..." de Santa Isabel a la Virgen.

(52) *Gén.*, 24, 31.

(53) *Gén.*, 14, 19-20.

(54) *Juec.*, 17, 2.

(55) *Rut.*, 2, 19-20; 3, 10.

(56) 1, *Sam.*, 15, 13; 23, 21.

pultura al rey Saúl (57). Es la misma expresión con que el Salmista manifiesta sus deseos de crecimiento y prosperidad para el pueblo israelita, siempre tan favorecido por el Señor (58).

La bendición de Yahveh, a cuyo amparo vieron Abraham y su hijo ir creciendo el bienestar y la riqueza de su casa, siguió a Jacob y a José por tierras lejanas en los duros años de destierro. Labán y Putifar, bajo el influjo de las bendiciones del Dios de Jacob y de José, vieron prosperar sus campos y haciendas hasta el punto de poder decir un día Jacob a su pariente Labán: "Bien poco era lo que antes tenías, pero se ha aumentado grandemente y Yahveh te ha bendecido a mi paso" (59). Así lo reconocía el propio Labán y más tarde lo proclamaba el escritor sagrado en el caso de Putifar: "Bendijo Yahveh en gracia de José la casa del egipcio, y se manifestó la bendición de Yahveh en cuanto tenía en casa y en el campo" (60). La historia de Jacob y José nos demuestra que fueron éstos los primeros en salir beneficiados con la prosperidad de sus señores.

La bendición de Yahveh, fecunda y generosa con los Patriarcas, nada perdió de esas notas distintivas en el contacto con el pueblo escogido. La promesa vaga "y te bendeciré", que, con la ley del Sinaí, Moisés, en nombre del pueblo, recoge de labios del Señor (61), se irá concretando a través de la historia. El Dios, celoso, no querrá a su lado dioses ajenos y exigirá inflexible el cumplimiento de la ley, pero como corona de esas exigencias la bendición divina alargará sus frutos: "Dios bendecirá tu pan y tu agua" (62); "te amaré, te bendecirá y te multiplicará; bendecirá el fruto de tu seno y el fruto de tu suelo, tu trigo, tu mosto, y tu aceite, las crías de tus vacas y las de tus ovejas. Serás bendito sobre todos los pueblos; no habrá estériles en ti ni en tus ganados; Yahveh alejará de ti las enfermedades" (63).

No es necesario recorrer los textos uno por uno: a la observancia de la ley por parte del pueblo, o a su retorno a Dios

(57) 2. *Sam.*, 2, 5.

(58) *Salm.*, 115, 14-15.

(59) *Gén.*, 30, 27. 30.

(60) *Gén.*, 39, 5.

(61) *Ex.*, 20, 24.

(62) *Ex.*, 23, 25. "Pan y agua", en sentido general de comida y bebida.

(63) *Deut.*, 7, 13-15. Véase también *Deut.*, 12, 15; 15, 14; 16, 10, 17...

después de la prevaricación, respondía el divino "benedeciré todas las obras de tu mano", fecundo resumen de prosperidad y bienandanza. La aspereza, que toda imposición de una norma de conducta lleva siempre consigo, aparece limada en las páginas del Antiguo Testamento por aquella fórmula que tantas veces sirve de complemento: "Para que el Señor Dios tuyo te bendiga en todas las obras de tus manos" (64).

La bendición divina en los libros proféticos.

Como en el Pentateuco, también en los escritos proféticos se anuncia la bendición de Yahveh como elemento primario en la existencia y prosperidad del pueblo escogido, en contraste con la ausencia de la bendición divina sobre sus enemigos (65). Así lo reconocerá el propio pueblo cuando celebre agradecido los beneficios del Señor: "El Señor piensa en nosotros, y nos bendecirá; bendecirá la casa de Israel, bendecirá la casa de Aarón" (66). También el rey David lo reconoce cuando en año de gran cosecha ve caer la lluvia, y brotar las mieses y los pastos, y multiplicarse los rebaños, y desbordarse la alegría al conjuro de la divina bendición (67); o cuando en días azarosos cierra uno de sus cantos de confianza en el Señor con aquellas palabras, explicación admirable de tantas victorias en momentos difíciles: "Al Señor, la salvación; sobre tu pueblo, tu bendición" (68). Por eso en esta bendición, símbolo de la protección divina y portadora de bienestar, se apoyaba, cuando frente a los enemigos de fuera pedía afanoso al Señor: "Salva a tu pueblo y bendice tu he-

(64) *Deut.*, 14, 29; 15, 10; 24, 19; 28, 12. En *Deut.*, 2, 7, la promesa aparece realizada. La promesa de bendición, encerrada en la fórmula "para que el Señor tu Dios te bendiga...", se propone no raramente como recompensa por la generosidad para con el pobre: levita, huérfano, viuda, peregrino. En *Deut.*, 28, 1-14, se despliega en toda su grandeza el alcance de la bendición de Dios sobre la persona, campos, ganados, etcétera, del fiel observante de la ley.

(65) *Salm.* 129, 8.

(66) *Salm.* 115, 12.

(67) *Salm.* 65, 10-14. Véase también *Salm.* 67, 1. 7-8, donde la bendición de Yahveh lleva consigo protección, abundancia de bienes y predominio entre las naciones.

(68) *Salm.* 3, 9.

redad; rígelos y sostenlos para siempre" (69), o proclamaba confiado la presencia del auxilio divino: "El Señor da fuerza a su pueblo, el Señor bendice a su pueblo con la paz" (70). Y a esa bendición se acogía en el momento cumbre de su historia, como rey y fundador de una estirpe regia. Delante del Señor, que, por medio de Natán, le había prometido sucesión ininterrumpida en un trono eterno como su último regio vástago, el Mesías, abrió su alma al agradecimiento y a la confianza en una oración, cuyas últimas palabras son éstas: "Y ahora dignate y bendice la casa de tu siervo para que por siempre subsista delante de ti; porque tú, Señor Dios, has hablado y por tu bendición será bendecida para siempre la casa de tu siervo" (71).

En medio del infortunio nacional vislumbraron los profetas con clara visión de tiempos buenos los días en que, fundidas en una, se abrían paso en la historia de Israel la bendición de Yahveh a los Patriarcas y la pedida por David para su regia estirpe. No viene la segunda a sustituir a la primera, sino sencillamente a completarla. En la promesa davídico-mesiánica culmina toda esa serie de bendiciones con que, a partir de Abraham, quiso el Señor entretejer la trama de la vida de su pueblo.

Cuando, agobiados a la vista de sus iniquidades, se creen para siempre abandonados los descendientes de Jacob suena alentadora en sus oídos la voz de Isaías, dura e inflexible hace un momento: "Y ahora escucha, Jacob, mi siervo, e Israel, a quien elegí: Así habla Yahveh que, tu Hacedor y plasmador desde el seno materno, te socorre" (72). No temas, siervo mío Jacob, y Yesurum (73), a quien yo elegí. Porque derramaré aguas sobre

(69) *Salm.* 29, 9.

(70) *Salm.* 29, 11.

(71) 2, *Sam.*, 7, 29. El mismo texto con ligeras variantes se lee en 1 *Crón.*, 17, 27.

(72) Así el T. M., los LXX y la *Pes.*, que unen la expresión "desde el seno materno", con lo que inmediatamente precede. Por el contrario, la *Vulg.* y el *Targ.*, que la unen con el término siguiente, al que además cambian de verbo en nombre.

(73) *Jesurūn* es un título cariñoso y honorífico que fuera de este pasaje se usa en *Deut.*, 32, 15; 5, 26, y siempre se aplica a Israel. La *Vulg.*, que en *Deut.*, 32, 15, traduce "dilectus", en los restantes pasajes parece hacerle derivar de *yasar* al traducir "rectisimus"; semejantemente, Aq., Sym. y Theodor., que traducen ὁ εὐθύς. Los LXX, que en los textos del *Deut.* tienen simplemente ὁ ἠγαπήμενος en Is., 10, han cambiado

la tierra sedienta, y arroyos sobre el suelo seco. Derramaré mi espíritu sobre tu posteridad y mi bendición sobre tus descendientes." Fruto de esta bendición, de esta efusión del espíritu divino, el pueblo de Israel, sin vida y personalidad en sus años de destierro, será de nuevo a los ojos de las gentes árbol plantado junto a la corriente de las aguas, "y germinarán—sus hijos— como tierna hierba, como prados a lo largo de los ríos (74), y quien los mire reconocerá que son la progenie bendita de Yahveh" (75).

La nota universalista que antes descubrimos en las bendiciones divinas no pierde intensidad en los profetas. En las palabras que siguen a las arriba citadas, añade Isafas, describiendo sin duda el movimiento de los gentiles hacia el Dios verdadero de la comunidad judía: "Este dirá: yo pertenezco a Yahveh; y aquel se denominará con el nombre de Jacob. Y el otro escribirá en su mano: de Yahveh soy, y se honrará con el nombre de Israel" (76).

No es la única vez que en Isafas la bendición de Yahveh, haciendo centro en el pueblo judío, irradia hacia naciones extrañas. La visión universalista de conjunto ofrecida ya antes por el profeta (77), se concreta más en las siguientes expresiones: "Aquel día Israel será el tercero con el Egipto y el Asirio, bendición en medio de la tierra, bendición del Señor de los ejércitos con las

en ὁ ἠγαπήμενος Ἰσραὴλ, acercándose con esta última traducción a la de algunos manuscritos que con la *Pes.* y el *Targ.* han leído *weisrael* por *wayesurūm* arrastradas sin duda por el paralelismo. VACCARI habla de forma cariñosa, poética, de Israel, que revela la idea de justo.

(74) *Is.*, 44, 1-4.

(75) *Is.*, 61, 9.

(76) *Is.*, 44, 5. Hay quienes afirman se trata en este texto de la conversión de los judíos apóstatas. Por lo que toca a la traducción, es la del T. M. con los cambios de *yigera'* en *yiqqare'*, presentado por los LXX y *Sym.*, y de *yakanneh* en *yekunneh*, ofrecido por el *Targ.* y la *Pes.* y que los modernos generalmente admiten. En cuanto a la expresión *yiktob yadō* prefiere de ordinario la de los LXX "... in manu sua" a la de la *Vg.* "... manu sua". ¿Hay en esto alusión al tatuaje, de uso tan frecuente entre los paganos del Oriente antiguo, y que en este caso lo habrían adoptado los israelitas como señal de esclavitud respecto al verdadero Dios? Parece un poco extraño, ya que la prohibición de tal rito en *Lev.*, 19, 28, da la impresión de ser absoluta.

(77) *Is.*, 2, 2-4.

palabras: Bendito mi pueblo Egipto, y Asiria, obra de mis manos, e Israel, mi heredad" (78).

La perspectiva de restauración universalista y mesiánica, vislumbrada en el fondo de una historia, al parecer puramente nacional, no es un elemento exclusivo de Isaías. También en otros profetas surge, al contacto de la bendición de Yahveh, un despertar sabroso a vida de descanso y abundancia (79); un vivir seguro en ambiente de paz imperturbable, bajo la tutela del nuevo David, Pastor de los pastores (80). Y como en Jeremías y Ezequiel, aunque no siempre con tanta intensidad, se respira en las páginas de otros profetas el ambiente de una felicidad universalista y mesiánica, fruto también de la generosa bendición de Yahveh (81).

La bendición divina en el justo.

Aunque la bendición divina sobre Adán y los patriarcas tuvo su aspecto de individual, los textos sagrados francamente desbordan en su marcha la vida de un hombre, para desembocar a través del pueblo escogido en mares de universalismo. Más tarde, mitad personal, mitad nacional, la bendición divina desciende impetuosa sobre Sansón, y con la bendición se anuncia en su vida de batallas y victorias la presencia del espíritu de Yahveh (82).

El triste fin del temerario Oza por intentar sostener con su mano el arca en peligro de caer, impresionó hondamente a David. El temor torció sus planes; el arca, conducida entre danzas

(78) A. CONDAMIN, en su comentario a *Isaías*, 134-136, ha señalado la posición de quienes están siempre dispuestos a negar la autenticidad dondequiera que se den señales de profecía. En cuanto al mesianismo de este pasaje, conviene recordar el florecimiento del cristianismo en las tierras mencionadas en el texto. La traducción de NÁGAR-COLUNGA, "bendito mi pueblo de Egipto", que supone se trata de los judíos de la diáspora, posible en absoluto, resulta menos conforme con todo el contexto.

(79) *Jer.*, 31, 23-26.

(80) *Ezeq.*, 34, 23-31.

(81) *Jl.*, 2, 14, que con la introducción del elemento escatológico en todo el contexto da a la bendición de Yahveh sabor universalista. En *Ag.*, 2, 19, al recuerdo de Zorobabel, trae la bendición del Señor aires de mesianismo. *Zac.*, 8, 13, y *Mal.*, 3, 10, sitúan la divina bendición en el marco de la vocación de las gentes.

(82) *Juec.*, 13, 24-25.

y alegrías hacia la casa del propio rey, fué trasladada ante la muerte de Oza a la casa de Obededón. Pronto hubo de arrepentirse David de su mudanza; en los tres meses que el arca estuvo en casa de Obededón, tuvo frecuentes noticias de que el Señor bendecía a Obededón, a toda su casa y a cuanto poseía (83). De esta bendición, que como fruto inmediato trajo la felicidad y la abundancia, se hace eco más tarde el autor Sagrado, cuando, después de enumerar entre los porteros del tabernáculo de David a ocho hijos de Obededón, añade con sobria sencillez: "Porque Dios le había bendecido" (84).

Bajo el signo benéfico de la bendición divina se abre en la vida de Job el primer período de una existencia feliz, y se inicia y se consuma después de la prueba una restauración acabada. Si al comienzo de la gran tragedia pudo un día Satán decir al Señor: "¿Acaso no has bendecido todas sus empresas, y se han multiplicado sobre la tierra sus ganados?" (85), le fué también posible al hagiógrafo dar por terminada la gran tormenta con la siguiente nota: "Dios, por fin, bendijo las postrimerías de Job más que en sus comienzos" (86). El recuento de bienes en hijos y en ganados hecho a continuación, habla mejor que largos discursos del alcance y la eficacia de la bendición divina.

Aun en estos casos particulares, en que la bendición de Yahveh se proyecta benéfica y fecunda sobre el venturoso vivir de algunos íntimos, es en el fondo la vida justa la que arranca del rostro del Señor esa mirada de padre generoso. Si, como indicamos más arriba, la bendición de Dios sobre su pueblo corre paralela a una conducta de fidelidad y de justicia, el fenómeno se repite con la misma tonalidad ante la vida del individuo: justicia y bendición mutuamente se atraen.

Seguro David, en su conciencia pura, frente a temibles calumniadores, presiente el gozo eterno de quienes con Dios se unen, al contacto de la bendición divina, que es amor escondido bajo escudo protector (87). Esa bendición divina, gesto de po-

(83) 2 *Sam.*, 6, 11-12; 1 *Cr.*, 13, 14.

(84) 1 *Cr.*, 26, 4-5.

(85) *Job.*, 1, 10.

(86) *Job.*, 42, 12.

(87) *Salm.* 6, 12-13.

tente brazo, es la que abre el camino hasta el monte santo de Yahveh al de alma sincera, limpias manos y corazón puro (88); la que sobre él se posa con aliento de vida, abundante como una rociada del Hermón que descende sobre los montes de Sión (89); la que el impío rechaza (90) y atrae, por el contrario, quien compasivo y generoso vende el trigo y da al pobre de su pan (91).

Resulta muchas veces difícil en el Antiguo Testamento aislar a los individuos del ambiente familiar sin que, sobre todo si son jefes de familia, aparezcan formando con los suyos un bloque único en la felicidad y en la desgracia. De ahí que tratándose de las bendiciones de Yahveh no se circunscriban a la vida del justo, sino que resbalen de su cabeza (92) e inunden como torrente su morada (93). Bendecido de Yahveh verá el justo a su esposa como fecunda vid en el interior de su casa, y a sus hijos como renuevos de olivo alrededor de su mesa (94). Esta visión proyectará sobre los últimos momentos de su existencia un haz de luz consoladora, a cuyos resplandores aparecerá menos sombrío el porvenir de su esposa viuda y de sus hijos huérfanos. Puede morir confiado: Yahveh, que desde Sión, asiento de su trono, dice de su pueblo: "Bendeciré a manos llenas sus provisiones y daré pan hasta la saciedad a sus necesitados" (95); bendecirá también la descendencia de quien en vida le sirvió y dejará sentir en la tierra el influjo de su poder y sus riquezas (96).

La bendición divina en boca del hombre.

En boca del hombre es la bendición un simple buen deseo que choca de ordinario con la impotencia humana. Sin embargo, aunque esa bendición brote de labios humanos, cuando éstos hablan en nombre de Dios recobra en gran parte la eficacia de la

(88) *Salm.* 24, 4-5.

(89) *Salm.* 133,3.

(90) *Salm.* 109, 7.

(91) *Prov.*, 11,26; 22,9.

(92) *Prov.*, 10,6.

(93) *Prov.*, 3,33.

(94) *Salm.* 128, 3-4.

(95) *Salm.* 132, 15.

(96) *Salm.* 112, 1-3.

bendición divina. Anciano y ciego desea Isaac bendecir a su primogénito. Rebeca lo sabe, porque le ha oído decir: "Tráeme caza y guísamela, para que yo coma y antes de morir te bendiga delante de Dios" (97). Se apunta ya en estas últimas palabras el carácter religioso de la bendición de Isaac. En la presencia de Dios, que ratificaba y hacía suya la bendición transmisora de las promesas divinas, sonaron las palabras de Isaac. Dios así lo había querido y las protestas de Esaú resultarían inútiles; a ellas, inmovible, opondrá Isaac: "Yo le he bendecido y bendito será" (98). El "det tibi Deus", presagio de prosperidad y poderío (99), es irrevocable: en labios de Isaac apuntará de nuevo decisivo en "el Dios omnipotente te bendiga, te dé fecundidad y multiplique" con que, en busca de esposa, manda a Jacob a Mesopotamia (100).

Y como la de su padre, también la bendición de Jacob sobre los hijos de José y sobre los suyos propios tendrá ese carácter religioso y ese poder eficaz, distintivo de las bendiciones divinas. Con las manos sobre la cabeza de sus dos nietecillos y poco después rodeado de sus hijos en el lecho de muerte, la bendición de Jacob se derramará fecunda y con clarear de señorío en el nombre de Dios, "en cuya presencia anduvieron mis padres" bajo la mirada del Omnipotente (101).

En la historia del Israel viajero del desierto, la intervención divina se abre también paso a través de las bendiciones por parte de los jefes religiosos del pueblo. Moisés, que al comprobar un día la perfección del tabernáculo y de todos sus utensilios, bendijo emocionado al pueblo tan generoso con el Señor (102), entró en el tabernáculo con su hermano Aarón el día en que éste con sus hijos había ofrecido como sacerdote los primeros sacrificios. Cuando salieron los dos bendijeron al pueblo; en aquel momento, como ratificando la bendición de sus representantes, Yahveh hizo aparecer su gloria ante toda aquella multitud (103).

(97) *Gén.*, 27, 4. 7.

(98) *Gén.*, 27, 33.

(99) *Gén.*, 27, 27-29.

(100) *Gén.*, 28, 1-4.

(101) *Gén.*, 48, 9-20; 49, 1-28.

(102) *Ex.*, 39, 43.

(103) *Lev.*, 9, 23.

La bendición sacerdotal va sellada con el recuerdo de Yahveh, cuyo omnipotente nombre invoca como símbolo de poder y eficacia. Su fórmula litúrgica (104), transmitida por Dios a Aarón por medio de Moisés, se cierra en una nota significativa. "Y así —dice el Señor—pondrán a los hijos de Israel bajo la tutela de mi nombre y yo los bendeciré" (105). Se deduce de estas palabras que la bendición litúrgica, en cuanto prerrogativa sacerdotal (106), abría paso a la bendición divina. Cuando a ejemplo de Aarón (107) sus herederos en el sacerdocio alzaban la mano para bendecir al pueblo, en sus labios resonaba el nombre de Dios, y ratificando a la suya descendía sobre el pueblo la bendición divina, como en otro tiempo sobre Abraham al ser bendecido por Melquisedec, sacerdote del Altísimo (108).

Cuando Josué, próximo a la muerte, con todo el pueblo a su alrededor, quiso enumerar en nombre de Dios los beneficios recibidos, recordó entre otros las bendiciones de Balán en los siguientes términos: "Balac, hijo del Sefor, rey de Moab, se alzó para luchar contra los hijos de Israel, y envió a llamar a Balán, hijo de Beor, para que os maldijera. Pero yo no quise dar oídos a Balán, sino que él repetidas veces os bendijo y yo os libré de sus manos (de Balac)" (109). Las palabras de Josué nos llevan al encantador relato del libro de los Números. Tres veces intentó el rey de los moabitas arrancar de labios de Balán la maldición de Israel; pero la conminación de Dios, "no maldigas a ese pueblo porque es bendito", más tarde reforzada por el categórico "di solamente lo que te diga yo", señala inflexible el camino de dirección. Balán, verdadero o falso profeta—punto debatido en exégesis—, bendice al pueblo, y en su profética bendición de prosperidad y dominio alienta la bendición de Yahveh, cuyas solas palabras Balán ha repetido (110).

Un eco de estas bendiciones proféticas y sacerdotales lo re-

(104) De ella se trató extensamente en *Est. Bibl.*, 1943, 304-305. Véase *Núm.* 6, 22-26.

(105) *Núm.* 6, 27.

(106) *Deut.*, 10, 8.

(107) *Lev.*, 9, 22.

(108) *Gén.*, 14, 19.

(109) *Jos.*, 24, 9-10.

(110) *Núm.*, 22-24.

coge el pueblo judío de labios de sus grandes reyes. David, a quien los súbditos consideraban envuelto en incesantes bendiciones divinas (111), después de colocada el arca en el tabernáculo por él levantado en su ciudad y ofrecidos los sacrificios, bendijo al pueblo en el nombre del Dios de los ejércitos (112). Salomón sigue el ejemplo de su padre, y en la traslación del arca al Templo deja por dos veces caer su bendición sobre el pueblo congregado. No es su fórmula la solemne sacerdotal, pero como en ella suena en la de Salomón el nombre de Yahveh, presagio de prosperidad (113).

Reverso de la bendición divina.

Ante el fecundo desarrollo de las bendiciones divinas, que a partir de la primera página del Génesis todo lo llena y en todas las direcciones tanto avanza, hoy, como ayer, el corazón del hombre bueno se abre agradecido. Bendición por bendición, la del pobre mortal es el reverso en el grandioso cuadro de las divinas bendiciones. No busquemos en él la eficacia y fecundidad del anverso: lo finito siempre será pobre e impotente ante lo infinito. A pesar de todo, ante el trono de Dios no dejará de acogerse con agrado, como eco terreno de las divinas bendiciones, el canto agradecido de David: "quiero bendecir al Señor en todo tiempo" (114), arranque generoso que, bajo una u otra fórmula, tantas páginas llena en los libros del Antiguo Testamento (115).

FÉLIX ASENSIO, S. J.

Universidad Pontificia, Comillas.

(111) *Salm.* 21, 7.

(112) 2 *Sam.*, 6, 18.

(113) 1 *Rey.*, 8, 14-21, 55-61.

(114) *Salm.* 34, 2.

(115) Véase, por ej., *Gén.*, 24, 48; *Deut.*, 8, 10; *Salm.*, 16, 7; 96, 2; etc.